

# Educación para la tolerancia

*Santiago Sánchez Torrado*

*Licenciado en Filosofía. Educador y escritor.*

*Miembro de la Sección de Educación de Acontecimiento.*

Una oleada de hechos actuales inducen a una reflexión pedagógica sobre un tema tan antiguo y siempre pendiente como es el de la tolerancia: el rebrote del nazismo en nuevas y peculiares manifestaciones, los sucesos repetidos que expresan actitudes racistas y xenóforas, la actuación de las patrullas ciudadanas contra la droga, etc. Es un entorno preocupante, hecho de demandas crecientes y complejas que piden algún tipo de respuesta, una consideración rigurosa y enraizada en el tejido social cotidiano.

Nuestro contexto educativo, por otra parte, incita a esta misma reflexión. En el Diseño Curricular Base de la Reforma del Sistema Educativo se habla de la «educación para la convivencia, cooperación y democracia en el marco de los valores de solidaridad, participación, responsabilidad, tolerancia y sentido crítico» (DCB de la Enseñanza Secundaria Obligatoria, pp. 74-75). Dicho de otra manera, se hace cada vez más necesaria la educación moral y social de los alumnos, en la medida en que contiene una educación para las actitudes y los valores que ha de permitir opciones responsables de los niños y adolescentes dentro del pluralismo característico de la sociedad moderna, respetando al propio tiempo los valores y creencias de otras personas y otros grupos sociales.

Y entre los objetivos generales de la formación ética para la etapa Secundaria Obligatoria, se señala el de «relacionarse constructivamente con otras personas adoptando actitudes de flexibilidad, cooperación, participación, interés y respeto, superando inhibiciones y prejuicios y rechazando todo tipo de discriminaciones debidas a las características personales (edad, sexo, rasgos físicos y psíquicos, etc.) y sociales (clase social, grupo de pertenencia, etc.) de las mismas».

Ante la existencia y la pujanza creciente de situaciones determinadas por la rigidez y el fanatismo agresivo, como las que conocemos y vivimos, se impone la práctica de una educación para la tolerancia, que nada tiene que ver con la indiferencia o la pasividad, de carácter aséptico. La tolerancia es más bien una opción afirmadora de valores que establece —desde esa misma opción— un respeto a las posiciones diferentes. Un respeto activo que conduce al diálogo como práctica habitual y sustantiva de esa misma tolerancia, actitud básica.

Pero flaca tolerancia es la que no se nutre de ideas, del debate ideológico permanente. Difícil resulta sin ese debate mantener la disconformidad y la resistencia, que son posturas esencialmente democráticas y cuya ausencia contribuye a afianzar la

atonía general, el monolitismo imperante que padecemos. No conviene de ningún modo mantener y fomentar la conocida debilidad ideológica de nuestra democracia.

La identidad personal, el sentido de la autonomía y la aceptación de la diferencia son elementos integrantes de la tolerancia, revierten en favor suyo. Y están mutuamente implicados, porque el ejercicio de racionalidad que supone la tolerancia desemboca en un talante democrático de cooperación que puede ir corrigiendo los niveles realmente altos de insolidaridad, crispación y competencia que soporta nuestro tejido social.

Se trata de acertar metodológicamente con los procedimientos e instrumentos educativos para crear y fomentar hábitos de tolerancia en la convivencia familiar y social, en las actitudes profundas de las personas. ¿Cuáles pueden ser las vías o correctivos para superar un fanatismo ambiental cada día más penetrante? La capacidad de autocrítica es uno de ellos, acaso el más importante. La tolerancia es una actitud vital, una opción globalizadora cuyo contenido más radical estriba en reconocer el pluralismo real que existe en la sociedad y en la vida y asumirlo como proyecto de enriquecimiento personal y colectivo. Practicar la intolerancia es, por el contrario, una

forma de atrincherarse en la desigualdad, de ahondar las barreras ideológicas que nos separan.

Tanto se ha hablado del diálogo como vía de superación del fanatismo y de la intolerancia que lo más adecuado y conveniente es, sin duda, dedicarse de lleno al ejercicio de ese diálogo de modo racional y sistemático, compaginando el rigor en el método y la riqueza de las iniciativas, procurando así no derivar hacia la rutina, el estereotipo, la vaguedad retórica y la escasa operatividad.

La práctica de la tolerancia es uno de los cimientos más estables de una sociedad moderna y con dimensión de futuro. Una sociedad apasionadamente plural, apasionadamente diversa y llena de riqueza cultural e ideológica. Todo educador ha de «especializarse» en esta dialéctica ambivalente: la dificultad y la necesidad del cambio, el equilibrio entre proyecto y praxis. En este amplio territorio queda todavía mucho por roturar y delimitar. La indiferencia típica y persistente de

nuestra época es, por ejemplo, una postura de abatimiento, de dimisión ante la realidad y de abandono en la lucha por transformarla. La tolerancia es, por el contrario, una lúcida compren-

tencia, frutos de la inmadurez.

Tampoco está de sobra el ejercicio educativo de la tolerancia con uno mismo, el ampliar los horizontes y los campos de actividad, el buscar el sentido gratificante de las pequeñas cosas. Educar en la tolerancia es educarse primero en la lealtad rigurosa, comprensiva y exigente hacia uno mismo.

Se va configurando así un clima social de distinta naturaleza, más pluralista e igualitario, en el que se delimitan mejor los marcos globales de referencia y en el que la tolerancia va adquiriendo el rango de comportamiento normal. Su práctica —depurada progresivamente— permite afirmar que «sin pluralismo no hay democracia».

Fanatismo y tolerancia son dos caras de la misma moneda, que no pueden abordarse por separado. La educación de la racionalidad es el mejor camino

de superar el fanatismo profunda y cualitativamente, formando al hombre que es protagonista de una sociedad democrática, igualitaria y plural. **A**



sión que permite un abordaje más realista y profundo de las cosas. Tanto el pasotismo como la rigidez ideológica suelen ser resultados del miedo y de la im-